

EL REFERENDUM DEL SANTA ANA

El otro día estuve en Sevilla de paso. Pero, si lo hubiese sabido, me habría parado. ¿Por dónde se va al Santa Ana? Y, una vez en el centro docente, habría preguntado por el COU intercolegial. Allí, amigos, están preparando un referéndum.

Docecientos treinta y seis aprendices de votantes ensayan su futura participación. No pueden votar por razones de edad, pero quieren enterarse. El día 14, referéndum. Un referéndum igual al oficial, sólo que sin ser oficial. Algo que puede parecer ganas de pasar el rato, pero que tiene un indudable valor.

La noticia es de Logos y es una muy interesante noticia. Por cuanto significa. Significa nada menos que unos profesores y unos alumnos han sentido la necesidad de poner en práctica una nueva asignatura. Como un juego, si se quiere. Pero por el camino del viejo juego de sentirse mayores, los niños adquieren hábitos que les du-

ran toda la vida. Por imitar a los mayores, empiezan a beber cosas que no les gustan. Y a fumar. Bueno es que, por el camino del juego, aprendan el ejercicio de sus derechos. Para que—en su momento—no les pille tan profanos como a muchos.

Además, que no será tan juego. O sí lo será, pero con un peso importante. Desde luego, si lo hubiese sabido, habría ido. Para hacer mi pequeña encuesta. Porque uno hace muchas encuestas. No para publicar, sino para saber. Para poder, luego, hablar sin tantas probabilidades de meter la pata. Habría preguntado a los niños sus razones para decir sí, para decir no o para—en fácil parodia—ni sí ni no, sino todo lo contrario. Sus adolescentes razones. Y es posible que en tales razones a medio madurar hubiese claves que no se les alcanzan a los maduros. A saber.

A saber: ahí está el intrínsculo. Hay que estar siempre a saber. Soy preguntón por naturaleza, y a veces la gente se me queda mirando, como preguntándose a su vez qué le importará esto a ese tío. Bueno, a ese—este—tío le importa todo. Todo, absolutamente todo cuanto afecta al ser humano. Y no digamos cuanto afecta a unos seres humanos que se preparan para una concepción política en la que no nacieron. A unos seres humanos que, además, son de la talla de los hijos de uno. Más o menos, la promesa de lo que le espera a España.

Una pena no haberme enterado. Tendría ahora las respuestas de los chicos. Yo voy a votar sí, porque... Yo voy a votar no, porque... Yo no voy a votar ni sí ni no, porque... ¿A usted qué le importa lo que yo voy a votar? Que también podría... Pero a ése le diría lo de antes: que todo me importa. Y que intuyo que eso es bueno: que a todos nos importa lo de todos, porque todos no somos, en definitiva, células insolidarias, sino un cuerpo que debe ser fuerte, sano, animoso. Y armónico.

Félix Antonio GONZALEZ